





# CABALGANDO ÁRBOLES



Jordi Soria García

# CABALGANDO ÁRBOLES



Primera edición: noviembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jordi Soria García

© Miguel Jiménez: ilustración de portada

ISBN: 978-84-18544-06-4

ISBN digital: 978-84-18544-07-1

Depósito legal: M-25810-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Daniel, Lucas y Yola; la tribu que me acogió,  
a Rosa, mi lectora favorita.  
A todos aquellos que son capaces de encontrar respuestas en  
la imaginación.*



## PRÓLOGO

Cuando Urgger creó el universo, lo hizo como si este fuera un todo, un único ente. No diferenció en importancia a ninguna de las partes que lo formaban. Seres, tierras y elementos estaban en tan estrecha relación que no podían tener forma ni sentido simplemente por sí mismos.

En los primeros tiempos, las razas entendían al viento y se movían con él. Entendían la tierra y cuando andaban sobre ella, esta los impulsaba, acompañándolos. Entendían la lluvia y sabían esperarla. Entendían las selvas y las manadas, y eran capaces de vivir en armonía con ellas.

Y por encima de todo, era tal su necesidad de comprender a los semejantes que desarrollaron la capacidad de leer en sus rostros y en su aura. Era la época del Gar Abent. La comunión perfecta entre el hombre y las leyes que participaron en la Creación.

Pero la misma luz con la que Urgger creó el alma de los seres trajo consigo las sombras. Bajo su resguardo, nacieron la ambición, el recelo y, finalmente, el odio.

Poco a poco, el orgullo y la felicidad de sentirse parte del Gran Prodigio dieron paso a la autocomplacencia. Cada una de las razas creyó ser el centro del Orbeg. Incapaces de compartir, ni tan siquiera un origen, inventaron dioses que habían creado el mundo exclusivamente para ellos.

Buscaron refugios y escondrijos no ya para cobijarse, sino para aislarse. La diferencia dejó de ser el más grande de los tesoros para convertirse en el origen de las fronteras.

Y entonces dejaron de entender.

Los antiguos aliados, elementos, tierra y especies, eran ahora peligrosos enemigos. Sus piernas se volvieron pesadas y no pudieron andar con el viento. La lluvia los sorprendía siempre. La vista ya no esquivaba obstáculos.

En su ceguera, la selva se tornó oscura y amenazante. Quemaron y talaron bosques para encontrar un espacio que siempre sería insuficiente.

Ya nadie acompañó sus pasos. Quedaron solos, sin ser conscientes de su soledad. La historia del Orbeg dejó de ser una para dar paso a la historia de cientos de reinos y naciones que convirtieron sus costumbres y tradiciones en mandamientos, olvidando para siempre el pasado común.

Urgger, apenado por el tortuoso camino que habían tomado, concedió a unos pocos miembros de cada raza la capacidad de relacionarse con los elementos, como en los tiempos del Gar Abent. Pero no les reveló cómo debían utilizarla. Ni tan siquiera por qué habían sido elegidos.

## Capítulo 1

### En los límites del Aygmon

El árbol se alzaba orgulloso, consciente de su poder. La selva se abría alrededor, en un velado homenaje a su indiscutible reinado. Geb se detuvo respetuoso frente a él. Puso una mano sobre el colosal tronco para sentir el latido del bosque fluyendo bajo la vieja corteza.

—¡Aquí, Ag! ¡Lo he encontrado!

Miró hacia arriba. Las primeras ramas se elevaban a unos cinco metros del suelo. Desenrolló la cuerda que llevaba atada a su cintura y la extendió alrededor del árbol.

—¿Dónde estás, Ag?

El águila guersada apareció en el pequeño claro para posarse sobre el hombro del muchacho. Se mantuvo extrañamente quieta.

—¿Qué te ocurre? ¿No te gusta el Aygmon?

El ave le dedicó un poderoso chillido. Nacida en los escarpados acantilados que formaban las estribaciones del Fang-Ur, aquella selva, cerrada y llena de sombras, era capaz de apaciguar su eterna curiosidad.

—Te dije que lo conseguiríamos.

La mirada de Geb estaba llena de satisfacción. Descubrió el viejo árbol hacía tan solo una semana, cuando cabalgó el que creía el más grande de los colosos de la selva. Desde entonces lo había estado buscando, adentrándose cada día un poco más en el Aygmon.

Asió con fuerza los dos extremos de la cuerda y saltó sobre el tronco, dejándose caer hacia atrás.

—Ahora vete. Te espero arriba.

El animal desplegó las alas con poco entusiasmo y alzó el vuelo. Cuando Geb alcanzó el laberinto de ramas, el viento del norte anunció su inminente llegada, zarandeando el bosque entero. Se apresuró, tenía que llegar a la copa del árbol antes de que todo empezara.

Trepó con facilidad por la ancha escalera que formaban madera y hojas. En apenas unos minutos alcanzó la última rama. Se puso de pie, vacilante. A sus pies, la selva se extendía empuqueñecida. Aguardaba excitado. Desde allí, el Aygmon no era muy diferente al lugar donde había nacido. El cielo parecía sostenerse en él, tejendo una inmensa lona azul que unía al Orbeg entero.

El árbol empezó a inclinarse suavemente, sin ofrecer resistencia. Todo el bosque se inclinaba. A Geb le parecía que esa era su manera de conceder permiso para que se iniciara la danza. Notó cómo aumentaba la presión de las garras de Ag sobre su hombro. Dejó caer todo su peso en los pies. En el mismo momento en que el viento empezó a silbar, el ave voló hacia el cielo, de espaldas a la corriente, situándose justo por encima del muchacho. Mantenía las alas semicerradas, batiéndolas en movimientos rápidos y cortos, luchando contra la fuerza que lo empujaba hacia adelante. Y de pronto, lanzó un largo chillido. Era la señal que esperaba Geb. Flexionó todo su cuerpo hasta quedar de cuclillas y se impulsó con fuerza para montar la rama. Como siempre, con la voz del águila, llegó el estallido del viento. Empezó sometiendo al bosque en un movimiento circular para añadir, rápidamente, feroces sacudidas. Ag desplegó las alas y dejó de ofrecer resistencia. Con un fuerte aleteo se impulsó como una flecha, hacia el sur. Pero aún tuvo tiempo de despedirse con un exultante grito de placer.

El muchacho le contestó con la misma voz. Su árbol lo sostenía en el aire, moviéndolo, inexorable, adelante y atrás. El viento no solo empujaba su cuerpo. Su visión parecía haber sido lanzada ha-

cia todas partes. Se filtraba entre los árboles y esquivaba las rocas. Las imágenes se sucedían vertiginosamente. Pero no se entretuvo en asimilarlas, se limitó a guardarlas. Más tarde tendría tiempo para entender todo lo que había visto. Ahora solo quería cabalgar. Enroscó sus piernas a la rama y alzó los brazos hacia arriba.

No luchaba contra el viento. Corría con él. Sentía la fuerza del árbol bajo su cuerpo, su tenacidad por hundirse más fuerte en la tierra.

El bosque se movía como si tuviera un solo cuerpo, convirtiendo los golpes del viento en un baile perfecto. El aire le traía olores de manera tan frenética que se mezclaban entre sí. Eran fragancias de sitios lejanos, olores de mar, olor del hielo de las montañas, olor de las hierbas que se aferran a las rocas. Y a la vez sentía que ese mismo aire se llevaba trozos minúsculos de su cuerpo, señales de su existencia, para repartirlos por todos los sitios que visitaba.

Las selvas del Aygmon parecían hoy dispuestas a revelarles todos sus secretos. Su mirada sobrevoló la gran montaña de piedra, el corazón del mundo prohibido, para continuar su vertiginoso viaje hacia el norte, allá donde los bosques se encerraban en sí mismos, ocultando la luz de los soles. Absorbió formas y figuras desconocidas, y sin tiempo para asimilarlas voló de nuevo hacia el Camino del Oeste, la frontera entre el mundo de los hombres y el reino de la Jungla Invisible. Durante una fracción de segundo la imagen y el sonido de una extraña comitiva invadieron su mente, y desaparecieron engullidos por otros cientos de imágenes y sonidos que lo llenaban.

Y por primera vez, la memoria de aquella tierra desconocida se convirtió en su propia memoria. Tuvo que cerrar los ojos para alejar de sí el peso de emociones y sentimientos que ni tan siquiera sabía que existían. El Aygmon lo reclamaba como uno de los suyos. Apretó los párpados hasta el dolor. La oscuridad lo envolvió llevándose con ella las imágenes.

Al viento le gustaba despedirse con agua. En un último impulso, trajo una lluvia tan salvaje como efímera. Geb se dejó mecer

por el suave contoneo que anunciaba el final de la danza, ajeno a las gotas que resbalaban por su rostro. Las entrañas del bosque parecieron rugir cuando los árboles cesaron en su movimiento.

Se mantuvo recostado contra la rama durante un buen rato, esperando que su pensamiento regresara definitivamente. Una sensación de debilidad y vacío se extendía por todo su cuerpo. La mente estaba repleta, pero el estómago no. Rebuscó torpemente en los bolsillos hasta que por fin encontró un pedazo de pan. No fue la marcha del viento ni la recuperada quietud del árbol los que devolvieron a Geb a la realidad. Fue el pan de Igna. Comió lentamente, dejando que la célebre mezcla de harina y bayas de su madre le devolviera la energía perdida. Sin dejar de masticar, giró la cabeza hacia el este, allá donde debería alzarse Hirgal. La última luz de la tarde lo recibió con un poderoso resplandor, convirtiendo al poblado herg en una mancha dorada. Apoyó la mano en la frente, a modo de visera, y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la claridad.

Poco a poco, el paisaje que se abría ante él fue revelando sus formas. Hirgal apareció como una orgullosa isla, rodeada por un mar de hierba que nacía bajo la sombra de los primeros árboles del Aygmon y que llegaba hasta la misma línea del horizonte. Centenares de riachuelos surcaban la tierra, lanzando al aire destellos de plata. Una inmensa manada de angas se mecía a merced del viento. Los renos de las Guersadas hundían la cabeza en el suelo, arrancando generosas raciones de hierba y manteniendo una prudente distancia con las tres colosales figuras que ocupaban el centro de la pradera. Los rings, sintiéndose observados, se removieron inquietos. Alzaron las trompas, buscando el rastro de aquel que se atrevía a interrumpir su descanso. Geb remendó una vana mueca de disculpa y se apresuró a dirigir su mirada más allá de las manadas. La empalizada de Hirgal lo recibió desconfiada.

Tras el muro de madera, el asentamiento se vertebraba alrededor de la Cuesta de la Colina, que unía la Plaza de la Entrada con la Sala del Consejo. Esta se erguía sobre un pequeño cerro, con-

virtiéndose en el corazón del poblado. Una cantidad ingente de figuras se movía convulsivamente alrededor de la Sala. Geb recordó de repente el origen de aquella exacerbada actividad. El Consejo había sido convocado.

Aquella misma mañana, la noticia había corrido más rápida que el mismísimo viento del norte, dejando a Hirgal presa de la histeria colectiva. No había conversación ni pensamiento que no girara en torno a la reunión. Los hergs no parecían dispuestos a perderse detalle alguno del acontecimiento.

Bajó la mirada para encontrar las cabañas de Afuera, que, sin tan siquiera derecho a la protección de la empalizada, se arremolinaban unas sobre otras, en un intento de no adentrarse demasiado en la indefensa pradera. Allí se encontraba la casa de Igna. Geb pudo distinguirla sin dificultad. El humo que salía de la chimenea de la cabaña anunciaba que su madre estaba cocinando el pan de la tarde.

Levantó la vista e inclinó la cabeza en señal de respeto. El Fang-Ur aceptó su saludo. La montaña sagrada se levantaba en el mismo centro de la isla para acariciar con su cima las primeras nubes.

Todo estaba en su sitio. El viento no se había llevado el mundo conocido. Geb apoyó la cabeza sobre el tronco del árbol y cerró los ojos. Pero esta vez no quería descansar. Había llegado el momento de recuperar las imágenes guardadas. Abrió su mente. Las escenas fueron llegando. Vio animales que cazaban y animales que eran cazados. Vio huellas y sitios que jamás habían sido hollados. Y vio jinetes. Un grupo de ocho hombres avanzaba por el Camino del Oeste. El camino de Hirgal. Los rostros y las facciones eran hergs, pero las ropas y las monturas no. Vestían pieles de animales que Geb no había visto antes. Y montaban caballos. Ningún herg montaba a caballo en las islas Guersadas.

Se puso de pie sobre la rama. Bajó del árbol sin tan siquiera acordarse de utilizar las cuerdas. Se limitó a saltar desde las primeras ramas al suelo. Recogió su arco y empezó a correr como si en ello le fuera la vida.



## Capítulo 2

### En el Camino del Oeste

El rostro de Laeg Herg, eternamente desdibujado por una expresión de disgusto, desprendía una actitud aún más feroz y desafiante de lo habitual. No le gustaba aquel bosque. No le gustaba aquella isla. Su cabeza, cubierta con una brillante piel de lobo, se elevaba por encima de todos. Y aún más arriba aparecía la empuñadura de una colosal espada que solo un hombre de tal envergadura sería capaz de mantener apoyada sobre la espalda. Aunque era el ser menos indefenso de todo el Orbeg, cabalgaba en el centro de la formación, protegido por ambos flancos.

Los imponentes caballos de Vellgal volaban, pisando apenas la extraña tierra, manteniendo la formación con inusitada precisión, sin necesidad de que nadie los dirigiera. Los jinetes hergs escrutaban cada árbol y cada sombra, indiferentes a las riendas que colgaban desocupadas sobre los costados de sus monturas. Su contacto les había dicho que no correrían ningún peligro. Los dorbacs raras veces se aventuraban a patrullar la zona central de la isla. Y cuando lo hacían, su llegada era anunciada por el ruido de la destrucción y la luz del fuego.

Pero Laeg no permitiría ninguna relajación ni aunque cabalgaran sobre el mismísimo Paraíso. El líder de los guerreros hergs despertó bruscamente de su enojado letargo. Un molesto sonido, que creía haber olvidado, rompía con estrépito el ritmo perfecto que marcaban las bestias de Vellgal. Giró la cabeza. Una nube negra pareció ensombrecer aún más su expresión.

—¡Maldito engendro del Infierno!

Clavó los ojos, llenos de fuego, sobre un escuálido animal que más que pisar el suelo parecía agarrarse desesperadamente a él. Su piel estaba cubierta de una brillante capa de sudor, fruto del titánico esfuerzo que debía realizar para seguir la feroz carrera. Laeg levantó la vista del esquelético caballo de mil y ninguna razas para buscar a su jinete. No le costó identificarlo. En el cuello lucía el torque forjado en hierro negro que distinguía a los servidores del dios Urgger. El hurgi era el único que no portaba las lanzas ni los enormes arcos que asomaban sobre los hombros de sus compañeros. Sin embargo, no parecía desarmado del todo. Entre los pliegues de su capa se adivinaba la presencia de una espada. El sacerdote remedó una especie de sonrisa mientras levantaba los hombros a modo de disculpa.

En cuanto el enojado guerrero apartó la mirada, palmeó su montura intentando infundirle ánimo, aunque con escasa convicción.

—¡No eres pequeño! ¡Ellos son muy grandes!

Se dejó caer sobre la silla y relajó los músculos. A diferencia del jefe de guerreros, él sí amaba aquella tierra. La tierra de la que habían partido su bisabuelo y el del mismo Laeg en busca de una nueva vida en Oendebeq, El Continente. Un camino que habían emprendido antes cientos de hergs, huyendo de la ocupación dorbac.

La felicidad de un hurgi estaba destinada al servicio del dios y de la tribu. No se le permitía malgastarla en sentimientos mundanos. Pero las islas y aquella selva le provocaban algo que le obligaría a purificar su espíritu en cuanto regresara al Continente. Había cabalgado por bosques mucho más grandes y quizás tan antiguos como aquel. Sin embargo, el de Hirgal le transmitía una sensación de conexión que le llenaba de energía.

Sentía el poder que emanaba de cada arbusto, de cada pedazo de aire. No hacía ni cinco minutos que se había sentido estremecido por las vibraciones de un viento que soplaba alto, sobre las copas de los árboles, y que había marchado tan furtivamente como

llegó. El hurgi pensó que el bosque y el viento, como todo en las islas Guersadas, aún regidas por las leyes de la Creación, poseían su propio carácter y a veces eran capaces, incluso, de sortear el dictamen de los dioses.

Miró hacia el interior de la jungla, allá donde nacía el Aygmon, la Tierra Invisible. Desde que tuvo uso de razón, había quedado fascinado por las leyendas de las Guersadas y cuando aprendió los secretos de la escritura, dedicó su escaso tiempo libre a transcribirlas. Pronto descubrió que ninguna de ellas tenía como escenario el Aygmon. El mundo de los hergs acababa en el Camino del Oeste.

Imbuído en sus pensamientos, tardó en descifrar la orden que emanaba del brazo alzado de Laeg. El pelotón se detuvo súbitamente. Su montura tuvo que dar un salto atrás para no empotrar el morro en el trasero de un indignado y desafiante caballo de Vellgal. La voz del jefe de guerreros retumbó en el aire, amplificada por los gruesos troncos que rodeaban el camino.

—Estamos a punto de dejar el bosque. En cuanto lo hagamos, seremos visibles desde las almenas de Hirgal.

El gigantesco herg se secó el sudor que perlaba su rostro.

—Quiero que nuestra entrada al poblado devuelva a esos hergs algo de su desaparecido orgullo. Preparaos para representar a nuestro rey tal y como se merece.

Buscó con la mirada a su segundo.

—Calag, elige a tres hombres para que vigilen el camino.

Sin bajar de los caballos, los guerreros se colocaron los casquetes de metal negro usados en combate. Uno de ellos ató en la punta de su lanza el estandarte de los hergs de Oendebeg. Laeg cambió su chaqueta de piel por la capa bordada que le distinguía como líder de guerra.

El hurgi, dominado por un inexplicable arrebató de pudor, se mantuvo alejado del grupo. Vistió la túnica de los preferidos de Urgger mientras murmuraba mecánicamente los rituales. Se disponía a quitar la funda de cuero que protegía la empuñadura de su espada cuando la voz de Calag rompió el silencio:

—Por un momento creí que iba a partir de un solo golpe de hacha a vuestro caballo por la mitad —el guerrero señaló con un rápido movimiento hacia la cabeza de la patrulla. Su semblante lucía una expresión divertida.

El sacerdote le devolvió una sonrisa indescifrable.

—No os lo toméis a broma —Calag insistió, satisfecho—. Le he visto hacer cosas que os producirían pesadillas.

—Pero tú lo seguirías hasta Donde Acaba El Mundo —la mirada del sacerdote era profunda.

—Yo y todos los hergs del Continente.

Antes de ser elegido para aquella misión, el hurgi se preguntaba el porqué de la devoción de la tribu por Laeg. No lo conocía, salvo de tres esporádicos y alejados encuentros en las dependencias de la corte. Pero en las tres ocasiones le pareció un ser engreído y brutal. Llegó a compartir el rechazo que el hermano del rey provocaba en toda la orden sacerdotal. Ahora, tras dos meses de convivencia, tenía la respuesta.

—Porque él moriría por cada uno de vosotros.

El segundo de Laeg abrió los brazos en señal de asentimiento.

—Aun así me continúa pareciendo excesivo referirse a él como el Sonriente.

La carcajada de Calag sobresaltó al sacerdote, obligándole a asirse con fuerza a su exhausta montura.

—Es una vieja broma de campamento. El sobrenombre nació cuando Laeg era aún un joven e inexperto aspirante a guerrero. Una sarcástica manera de anunciar su dificultad para exhibir la mínima muestra de alegría. Y aunque ni tan siquiera entonces nadie osaba utilizar el alias delante de él, el propio Laeg acabó incorporándolo a su nombre y a sus títulos.

—Dime una cosa, Calag, ¿por qué odia tanto esta tierra?

La expresión de Calag se afiló de repente. El hurgi pudo ver cómo su cuerpo se tensaba, poniéndose inconscientemente a la defensiva.

—Nadie puede odiar las Guersadas.

Tenía razón. Estaba prohibido odiar a las Guersadas. La posición del rey al respecto era inflexible: las islas y los pocos hergs que aún quedaban en ellas eran los depositarios directos de la memoria de los antepasados. Y como tales debían ser considerados y tratados. Laeg no estaba de acuerdo. La aceptación de la ocupación dorbac era para él un acto de sumisión y cobardía.

En una ocasión, manifestó en público su opinión sobre el asunto. Su hermano, Gadac Herg, el rey de todos los hergs de Oendebeg, le reprendió.

—Un verdadero herg nunca debe avergonzarse de sus raíces. Sin raíces un árbol no podría alzarse hacia el cielo.

—Pegado a sus raíces, un pájaro no podría cruzar ese mismo cielo.

La respuesta de Laeg, que a pesar de la discrepancia adoraba a su hermano con verdadero fervor, se convirtió en estandarte de todos aquellos que pensaban como él. El sacerdote pensó que el rey había sido presa de un agudo sentido de la ironía a la hora de elegir, precisamente, a su hermano para aquella misión.

—De todas maneras, podéis preguntárselo a él en persona — Calag señaló hacia la enorme figura que se acercaba a ellos.

Laeg era capaz de empequeñecer incluso al caballo de Vellgal.

—La próxima vez que elijáis montura, deberíais aceptar consejo.

El hurgi sintió como la voz del jefe de guerreros le golpeaba en el rostro.

—Es un buen caballo. Al menos, de buenos ideales. Intenta suplir con sacrificio su falta de envergadura.

Por toda respuesta, Laeg emitió un amenazador gruñido.

—¿Estáis preparado?

El sacerdote asintió sin saber a ciencia cierta para qué diablos debía estar preparado.

—No soy hombre de demasiadas palabras. No ante los que no llevan espada o los que no cabalgan. Vos domináis ese arte, incluso el misterio de los signos.

Laeg se estrujo la barba con la mano como si allí se escondiera la idea que quería expresar.

—En cuanto entremos en el poblado, vos seréis la voz del rey.

El hurgi volvió a asentir. Sabía que aquel era uno de los motivos por los que había sido elegido.

—Desconfiad. Recordad lo que nos contó nuestro contacto: hay hergs en Hirgal que colaboran e incluso trabajan para los dorbacs —la expresión de disgusto se acentuó en el rostro del guerrero.

—Recuerdo todos los nombres, los de los traidores y los de los que se mantienen fieles.

—Sobre todo ese. ¡Por todos los infiernos! ¿Cuál era su nombre?

—No os preocupéis, dejad ese tema en mis manos —el hurgi calló que había sido entrenado para hablar y convencer.

—Apoyaos en el jefe del Consejo de Hirgal. Durante los últimos años se ha convertido en el hombre de confianza del rey en las Guersadas —el tal Laeg maldijo su incapacidad para retener nombre alguno.

—Bengian Herg, el Casi Rey.

—El Casi Rey —el guerrero del Continente, intentó recordar en vano la razón de aquel curioso sobrenombre.

—Solo tengo una duda —el sacerdote miró hacia algún indescifrable punto, más allá de la barrera de árboles—. ¿Qué haremos si no acuden los jefes de los otros poblados hergs?

—De momento, confiar en nuestro enlace. Él es el encargado de convencerlos y de traerlos aquí.

—Necesitamos la aprobación de todos los hergs de las islas. No podemos permitirnos ninguna insurgencia —Caleg señaló a los hombres—. Somos ocho, nueve contando al hurgi. Ocho o nueve frente a un poblado.

Laeg se dispuso iniciar un discurso sobre el valor de los guerreros hergs del Continente, pero cambió de idea.

—Nos hemos visto en peores situaciones.

La sonrisa de Calag parecía una cicatriz sobre su curtida piel.

—Eso es cierto.

Una voz de alarma borró bruscamente el flujo de recuerdos que empezaban a acumularse en la mente del segundo guerrero. Todas las miradas se posaron sobre el vigía situado al norte de la senda.

—Atención, hay alguien en el camino —con la mano extendida, apuntaba hacia un hombre que se mantenía inmóvil, en medio de la senda, observándolos sin disimulo.

Laeg trazó con un rápido movimiento del brazo una señal en el espeso aire del bosque. Al momento tres de sus hombres se adentraron en la maraña verde que los rodeaba. Volvieron al cabo de unos minutos.

—No hay nadie más, señor. Está solo.

—Tráeme al individuo, Calag. Pero sin brusquedades. Seguramente será un hombre de Hirgal —mientras hablaba, Laeg entrecerró los ojos para poder distinguir la figura protegida por las sombras de los árboles.

El segundo guerrero se adelantó unos pasos haciendo señas al extraño para que se acercara. Este avanzó hacia el grupo, sin dar ninguna muestra de temor.

A medida que se aproximaba se iban desvelando sus facciones y su desproporcionada estatura.

—¡Por las barbas de Urgger!, ¿qué clase de hombre es ese? —bramó Laeg, ladeando la cabeza hacia el hurgi.

—No es un hombre. Es un niño —el hurgi estaba más sorprendido que el líder de guerra.

—¿Un niño que le saca una cabeza a mis guerreros? —el hermano del rey parecía divertirse—. Espero que a los adultos de su tribu no se les ocurra atacarnos.

El hombre-niño se detuvo a escasos metros de los jinetes. Sus ojos no podían apartarse de los caballos.

—Que Urgger te proteja —saludó el hurgi con la fórmula habitual de los hergs.

El recién llegado apartó la mirada de los animales y la fijó en quien le había saludado.

—Que Él te guíe —devolvió el saludo, repasando al sacerdote de arriba abajo.

—¿Cómo te llamas?

—Geb.

Todos esperaron oír el siguiente nombre, el que identificaría la tribu de procedencia. Pero no hubo siguiente nombre.

—¿Cuántos años tienes, Geb?

—Diez, señor.

El hurgi levantó los hombros en un gesto lleno de indefensión.

—¿De qué oscuro averno has salido tú, cachorro de gigante? —la poderosa voz de Laeg no pareció intimidar al muchacho.

—Soy el hijo de Igna, y vivo en Hirgal —el muchacho posó la mirada sobre el corpulento guerrero herg—. No soy ningún gigante. Quizás necesitáis poner un nombre conocido a algo que no conocéis, extranjero.

Los hombres de Laeg quedaron inmóviles, esperando la inevitable reacción de su jefe. Nunca antes nadie había osado hablarle así. O al menos nadie lo había podido contar. Pero la carcajada del hermano del rey fue franca. Definitivamente se lo estaba pasando muy bien.

—¡Bien dicho, muchacho! Igna te ha enseñado bien. ¡Aunque tal vez se le olvidó inculcarte respeto para con los extranjeros armados que se crucen en tu camino!

—No sois ningún peligro. Al menos para los hergs.

Laeg, desconcertado, se giró hacia el sacerdote, buscando alguna explicación. Pero el hurgi parecía tan confuso como él. La singularidad de aquel ser no radicaba únicamente en su altura. Tampoco en su largo pelo, de brillante negro azabache y adornado con mechones blancos. Su postura y su actitud no eran las propias de un niño de diez años. Ni tan siquiera un herg adulto podría desprender tanta seguridad. Ni tanta fuerza en la mirada.

—No nos has dicho a qué tribu perteneces —Calag lo miró desconfiado.

—Vivo con los hergs de Hirgal.

—Sigues sin contestar.

—Mi madre es herg. Una herg del sur —hizo un gesto indefinido con la mano que no resolvía a qué clase de sur se refería.

—Quizás debamos alguna vez explorar ese sur —Laeg borró de repente su sonrisa—. ¿Quién te ha enviado a esperarnos?

—No me han enviado. No creo que os esperen en Hirgal.

La insolente sinceridad del muchacho disipó la desconfianza del guerrero.

—Venís del Continente, ¿no es cierto? —el niño, fascinado, dio un paso hacia el caballo que montaba Laeg.

—¡Cuidado, muchacho, este es un caballo de Vellgal! —Laeg apretó sus rodillas contra el animal para evitar que se abalanzara hacia Geb—. No se dejará tocar nunca por un extraño. Te puede arrancar la mano de un solo bocado.

Pero Geb no dejó de avanzar. Mantenía el brazo extendido y la mano abierta a la altura de los ojos del caballo. Este, de pronto, dejó de moverse. El muchacho bajó la mano, lentamente, y el animal inclinó respetuoso la enorme cabeza. El muchacho le acarició suavemente el cuello.

Los guerreros hergs, que no habían perdido detalle de la escena, se miraron unos a otros, sorprendidos. Laeg no salía de su asombro.

—¿Cómo has hecho eso?

—No lo sé. Con los angas siempre me ha funcionado.

Geb no dejó de tocar al magnífico ejemplar de Vellgal. Pero su atención quedó presa, ahora, de los destellantes casquetes negros.

—¿Es hierro negro?

El líder de guerra sacudió enérgicamente la cabeza en un intento de apartar su creciente estupor.

—¿Cómo?, ¿no conoces el mayor tesoro de las Guersadas?

—Lo conozco- —extendió las manos delante de él, mostrando las palmas. Parecían teñidas de negro—. Y lo extraigo. Pero nunca había visto qué se puede hacer con él. Los dorbacs prohibieron hace mucho tiempo a los hergs trabajar el metal y los obligaron a entregar todos los objetos fabricados con él.

—¡Malditos sean! —Calag escupió las palabras—. ¿Cómo permite vuestro líder que los niños...

—No hay niños en el Infierno —Geb se concentró de nuevo en el caballo.

—¿Y tú? —el hurgi lo señaló con un movimiento de cabeza—. ¿Por qué trabajas en la mina?

El muchacho alzó los hombros en un gesto que el hurgi entendió. Esa era una historia que no merecía la pena ser contada. Al menos de momento.

—Dime, chico, ¿estás solo en el bosque?, ¿alguien más nos ha visto llegar? —el rostro de Laeg había recuperado toda su dureza.

—Nadie. Ni tan siquiera desde la Torre Central de Hirgal se puede ver esta parte del camino.

El hurgui se revolvió encima del caballo.

—Pero tú nos estabas esperando —el muchacho volvió a la vista hacia él, apartando definitivamente la mano del caballo—. ¿Cómo nos has podido ver?

Geb volvió la vista hacia él, apartando definitivamente la mano del caballo. Se mantuvo en silencio. Había aprendido que era mejor no explicar ciertas cosas.

La gente solía rechazar todo aquello que no comprendía. En una ocasión intentó contarle a Igna el baile del viento en los árboles y todo lo que veía cuando cabalgaba la rama más alta del bosque. Pero ni tan siquiera su madre pudo entender. Aquel fue su primer y último intento de hablar sobre el asunto. Sin embargo, últimamente su secreto le estaba causando problemas con Agriu. El único ser humano de Hirgal al que podía considerar amigo aceptaba cada vez peor las excusas y mentiras que tarde tras tarde utilizaba Geb para evitar que lo siguiera al bosque.

—Será mejor que contestes, muchacho —Laeg parecía impaciente.

—Estaba cazando —Geb señaló hacia los árboles.

—¿Cazando sobre los árboles? —Laeg reparó en el refuerzo de cuero cosido a la camisa del muchacho en la parte superior del hombro—. ¿Cazas con aves?

El muchacho asintió. Aquello sí lo podía contar. Todo el pueblo conocía su relación con Ag.

—Con un águila guersada.

En el rostro del hurgi apareció una mueca de incredulidad.

—El águila guersada es ya tan solo una leyenda. Desaparecieron hace generaciones de las islas.

—Pues o estáis equivocado o el chico tiene tendencia a la exageración —Calag mostró su sonrisa más irónica.

—Es un águila guersada. Nunca le he preguntado si es la última de su especie —en la voz del hombre niño había más curiosidad que ofensa.

Las preguntas se agolparon en los labios del sacerdote. Sentía la necesidad de descubrir quién era en realidad aquel extraño ser.

—Pareces conocer bien este bosque. Dime, Geb, ¿cómo es el mundo ahí dentro?

—Ahí dentro es el Aygmon. Los hergs de Hirgal dicen que el mundo se acaba en el Aygmon —el muchacho miró distraído hacia la oscuridad de la selva.

—¿Y tú qué dices?

Geb suspiró profundamente. Él había visto, con los ojos del viento, alguno de los tesoros que escondía la infinita jungla. Pero aquello tampoco lo podía explicar.

—Digo que el mundo no puede acabar en un sitio tan lleno de vida.

Laeg anunció con un amenazante gruñido que daba por finalizada la conversación.

—Está bien, ya hemos perdido suficiente tiempo —preso de una repentina prisa, pareció olvidar por completo la existencia de Geb.

Dio un fuerte tirón a las bridas para situar su montura frente a la senda.

—¡Todo el mundo en formación!

Los hombres se apresuraron a recuperar sus posiciones. El hurgi se dirigió al líder.

—¿Qué hacemos con el muchacho, señor?

Laeg hizo un gesto indefinido con la cabeza antes de alejarse. Dejaba el asunto en sus manos.

—Pronto llegará la noche, ¿quieres regresar al poblado con nosotros, Geb? —el hurgi señaló al grupo de impacientes jinetes.

Por primera vez, y provocando la sonrisa del sacerdote, Geb se mostró desorientado. Aquello era más de lo que había soñado mientras corría por el bosque pidiendo a Urgger que le dejará ver de cerca a los extranjeros. Solo pudo hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—Será mejor que montes conmigo, muchacho —los ojos de Calag brillaban burlones mientras ofrecía su mano a Geb—. La montura del sacerdote tiene muy buenos ideales, pero parece a punto de reventar.

El hurgi olvidó incluso sentirse ofendido. Todos sus pensamientos se dedicaban a intentar comprender lo que había sucedido. Montó con torpeza el tembloroso caballo. Cuando ciñó las riendas, las bestias de Vellgal habían desaparecido ya, engullidas por el pronunciado recodo que dibujaba el camino.